



## Una mañana de mercado

Una mañana, Bahaudín Naqshband fue al gran mercado de Bujara con una larga pértiga. Empezó a gritar ásperamente hasta que la gente le rodeó extrañada por tal comportamiento en un hombre de su fama y dignidad.

Cuando centenares de ciudadanos se hubieron reunido, dudosos sobre qué pensar o hacer, Bahaudín levantó su pértiga y empezó a derrumbar tenderetes, hasta que estuvo rodeado por pilas de frutas y verduras.

El emir de Bujara mandó un representante a la casa de Bahaudín para pedirle que se presentara inmediatamente en la corte para dar una explicación.

Bahaudín dijo:

- Permitid que los doctores de la ley estén presentes, los jefes de los cortesanos, los administradores principales, los comandantes del ejército y los mercaderes más importantes de esta ciudad.

El emir y sus consejeros llegaron a la conclusión de que Bahaudín se había vuelto loco. Decidieron seguirle la broma, hasta que pudiesen confiarlo a la Morada de Salud, y el emir y su corte convocaron a la gente que Bahaudín había nombrado.

Cuando todos estuvieron reunidos, Bahaudín entró en el salón de audiencia.

- Sin duda, ¡oh, señor Bahaudín!, estás enterado –dijo el emir- de por qué estás aquí, y también sabes por qué estamos aquí el resto de nosotros. Por consiguiente, por favor, di lo que tengas que decir.

Bahaudín replicó:

- ¡Sublime Pórtico de la Sabiduría! Es sabido por todos que el comportamiento de un hombre se considera siempre como un exponente de su valor. Esto ha alcanzado tal grado entre nosotros, que un hombre, para ganar aclamación y aprobación, no tiene más que comportarse de una cierta manera, sin importar cuál sea su estado interior. A la inversa, si un hombre simplemente hace alguna cosa considerada desagradable, se le considera como un ser censurable.

El rey dijo:

- Todavía no entendemos lo que tratas de enseñarnos.

Bahaudín aclaró:

- Cada día, cada hora, en cada hombre, hay pensamientos e insuficiencias, las cuales, si se les diese salida, serían ilustradas por acciones tan perjudiciales como las mías en la plaza del mercado. Mi enseñanza es que estos pensamientos y defectos debidos a una insuficiente comprensión son tan perjudiciales y lastrantes para la comunidad y el individuo como si él se comportase de una manera desenfrenada, y aún peor.
- ¿Cuál es –dijo el rey- la solución a este problema?
- La solución –respondió Bahaudín- es darse cuenta de que la gente debe mejorarse interiormente, no sólo impedirles, por hábito, mostrar sus groserías y destructividad, y aplaudirles si no lo hacen.

La corte entera quedó tan impresionada por esta notable enseñanza –dice el cronista- que fueron anunciados tres días de fiesta para permitir a la gente celebrar el haber recibido tal sabiduría.

Shah, Idries  
"Pensadores de Oriente"  
Barcelona - España: Editorial Kairós, 1990  
Página 143 - 144